

Raro y extraño documento

Escribe: JAIME PAREDES PARDO

En la historia de la Gobernación de Popayán de Jaime Arroyo, se encuentra un documento de gran interés que data de la época de los Pizarros, y el cual fue escrito en apoyo de la revuelta de Gonzalo, quien asumió el mando del Perú a la muerte de su hermano. Se le atribuye al maese de campo Francisco de Carvajal, hombre de confianza de los famosos hermanos que terminaron pagando con sangre su temeridad.

Se recuerda el final de Francisco, el más sobresaliente de la familia. Careció de educación y su infancia fue menesterosa; según relato de sus biógrafos. Su padre, Gonzalo Pizarro, peleó largos años y duras batallas en Italia, a órdenes del Gran Capitán. Es cuanto se sabe de su historia que debió ser borrascosa entre cuarteles, combates y mujeres baratas, en una de las cuales tuvo varios hijos que serían famosos por el coraje que les permitió llevar a cabo anchas empresas de conquista.

Francisco era el mayor. Un buen día desembarca en Santo Domingo que entonces recibía toda suerte de aventureros que llegaban de España, a buscar en la tierra recién descubierta el desquite de la pobreza que rodeó su cuna y luego su juventud, pues el patio estrecho de la Península, los puestos y los honores solo se les concedían a las gentes emparentadas con las familias nobles. En América les brinda una oportunidad única: riqueza y gloria. Si la dejan pasar, otra vez se hundirán en el anonimato y, lo más grave, en la miseria.

Las naos que salen de los puertos del Mediterráneo vienen cargadas hasta el tope de grumetes de todos los rostros y condiciones. La mayoría desposeídos y desconocidos. Entre ellas vendrá

Francisco Pizarro. Es fuerte y es arrogante. En Santo Domingo se acoge a la sombra de Alonso de Ojeda, navegante de largas experiencias.

Asiste a la fundación de San Sebastián en tierra firme. Ojeda lo recompensa con el cargo de capitán. Luego acompaña a otro aventurero, a Vasco Núñez de Balboa, el soldado que llega escondido en el fondo de un tonel. La vida le tiene reservado el descubrimiento del Océano Pacífico, la enorme puerta que abre la mitad del globo a los hijos de España.

Oye hablar del Perú, palabra que suena a oro. Está en la lejanía que sólo los valientes pueden alcanzar. Y él es un valiente. Se asocia con Diego de Almagro, y juntos construyen a pulso una pareja de navíos que esperan los primeros indicios de un buen tiempo para lanzarse a la búsqueda del Perú.

El viaje es una larga y tremenda aventura. Días interminables. Noches interminables con la única guía de las estrellas incrustadas en el cielo inmenso. Se pierden más de una vez y más de una vez vuelven a reencontrar el camino. Deben volver a Panamá en procura de refuerzos. Paran en islas ignotas, en la Gorgona, donde se alimentarán con mariscos y víboras. En esta isla o más adelante, en la isla del Gallo, se rebela contra la orden del Gobernador de Panamá que lo manda regresar. Es su primera rebeldía. En la playa traza una raya con la espada y arenga a los pocos soldados que han logrado salvarse del hambre: "Camaradas y amigos: este es el camino de las penalidades, pero por él se va al Perú a ser ricos, y por allí vais al descanso, a Panamá a ser pobres. Escoged".

Este es el tamaño de su coraje. Así llega al Perú. La gloria conquistada a fuerza de heroísmo, la envilecen con actos espantosos de crueldad. La muerte de Atahualpa, en la celada de Cajamarca. Es un episodio atroz. El inca, seguido de sus tropas, entra en la encerrona de Cajamarca, donde lo espera un misionero, el padre dominico Vicente de Valverde, con breviario en mano. El inca no entiende el castellano, ni alcanza a comprender el lenguaje del dominico, lo cual será suficiente para declararlo idólatra y condenarlo a muerte.

Vendrá la venganza de los dioses del Ande. Los soldados se le rebelan y el duro Pizarro será víctima de otra encerrona en su residencia de Lima. Son diez y nueve los conjurados. Pizarro se de-

fiende con arrojo de las terribles cuchilladas. Corre sangre, y en el suelo, con el dedo pulgar, traza una cruz que besa repetidas veces. Hasta cuando Martín de Bilbao lo hiere mortalmente y Juan Rodríguez Barragán le clava un cuchillo en la garganta. Así su muerte, degollado como un toro.

En la Catedral de Lima, en altar enchapado en oro, está su momia yacente, al lado de una espada que debe pesar un imperio.

Vendrá su hermano Gonzalo a relevarlo en el mando. Es otro rebelde. Caracoleando una jaca negra que le sirve de tribuna, se pasea por las calles de Lima recién trazadas llamando a la revuelta. Es elocuente. Ofrece repartir tierras y apartarse de cuanto signifique sumisión. Cuando pasa a caballo lo saludan como padre de la patria.

Puede gritar y alardear cuanto le provoque porque no tiene enemigo a la vista. Las tropas que le presentarán combate tendrán que venir de España, encaramadas en las goletas que atraviesan el océano en interminables viajes. ¿Cuándo? Todo está demasiado lejano.

Es entonces, en esta pausa obligada, cuando aparece en escena el maese de campo Francisco de Carvajal. Redacta una minuta para Gonzalo, realmente un tratado de brevísimas líneas a manera de consejos para consolidar la revuelta y orientarla hacia la fundación de un imperio. El texto lo trae don Jaime Arroyo en su libro monumental, pero sin indicar la fuente de donde lo tomara ni agregar dato alguno sobre la vida y, sobre todo, el final de este extraño personaje que, a juzgar por su minuta, poseía los talentos de Nicolás de Maquiavelo. Dice así:

“Que se proclamara rey del Perú con el fin de que los españoles que militaban bajo sus órdenes uniesen firmemente sus intereses a los del nuevo trono. Que estableciera títulos de nobleza, señoríos territoriales y órdenes militares para recompensarlos, y que para traerse el amor y la simpatía de los pueblos conquistados, se ligara a la estirpe de los Incas casándose con una coya (princesa) que tuviera más inmediato derecho a la corona; que diera honores al destronado Inca y a su familia, que enviara embajadores al Papa y a las principales potencias europeas para celebrar tratados de comercio y amistad”.

La revuelta de don Gonzalo es otro de los episodios que protagonizaron los peninsulares en América. Esta gente, grandes y segundones, vivieron en ánimo de revuelta, en estado de insubordinación. Explicable porque peleaban el trabajo de su vida, entendido como una dolorosa y constante efusión de sangre. No quieren rendirse a la primera orden que llegue de la remota España, donde el soberano descansa tranquilo en un palacio rodeado del esplendor que ha conseguido gracias al valor y al sacrificio de los centenares y miles de hombres que se baten por su gloria en las ásperas tierras de América.

A qué horas alumbra la idea de independencia. Don José Ortega y Gasset escribía alguna vez que los grumetes españoles que zarpaban en las goletas viajaban realmente a la libertad. Era evidente, pues América los recibía con una porción inmensa, infinita de poder. El límite se lo ponían ellos mismos. Hasta donde llegara su coraje y su ambición. Esta es su patria, más cercana a su corazón que la lejana España que sólo les dejó, en la mayoría de los casos, amargas realidades y miserables esperanzas.

Tal era su propensión. Sólo que la revuelta suponía una acción de muchos y, sobre todo, el grito y el brazo de un caudillo, capaz de enfrentarse a los ejércitos del Rey, y al prestigio del Rey, que era inmenso y demasiado arraigado en las almas. Sus mandamientos, decían entre conquistadores, hieren hondo como la saeta; y preferían no desafiarlo.

La mayoría de las revueltas, por otra parte, surgen como movimientos locales. La opresión de un vecindario que al fin resuelve sacudirse del pequeño tirano local. Las tributaciones y los impuestos, son otras de las causas que encienden la hoguera de los alzamientos.

La minuta del maese de Campo don Francisco de Carvajal se hace cargo de los candentes materiales que maneja don Gonzalo Pizarro y con ellos pretende darle forma a todo un reino en América, precisamente en las tierras que fueron de los Incas. Es el mérito extraordinario de este documento que bien merece considerarse como el primer papel de libertad de América. El maese Carvajal quiere un reino soberano y, sobre todo, duradero para los hombres y los pueblos que comanda Gonzalo Pizarro. Una potencia que merezca el respeto de los demás pueblos, y asegure la continuidad de sus gobernantes.

Por supuesto que para aquellos tiempos y aquellos hombres, la idea del maese de campo don Francisco de Carvajal no pasa de ser un sueño, apenas un atisbo de un paraíso imposible de alcanzar. Ni don Gonzalo, ni sus tropas, ni su época tenían la madurez necesaria para levantar un imperio.

Pero avancemos un poco más con la historia de don Gonzalo Pizarro, tan peleador y soberbio y rebelde como su desventurado hermano Francisco.

De España vendrá el virrey Núñez Vela a exigirle obediencia. En la larga pausa ha decaído el entusiasmo de sus secuaces al término que el altanero don Gonzalo sólo manda ahora un ejército de tibios.

El Virrey despide la guardia cuando ya está a las puertas de Lima. Es una forma de intimidar a Pizarro. Vecinos intervienen para evitar el encontronazo y logran que el Cabildo lo reciba en sesión plena. Se leen largos documentos y se firman actas de obediencia al soberano. El Virrey parece satisfecho y todos olvidan el alzamiento. Solo que el Virrey es imprudente. Sin necesidad y quizás por el prurito de dar una demostración de poder, se entrega a la violencia, a cobrar venganzas en gentes inocentes. Su actitud desata la reacción y otra vez se habla de la insurgencia. Pizarro sitia la ciudad, acosa al Virrey y lo derrota en forma contundente.

Hecho prisionero, al poco tiempo fue deportado con instrucciones secretas de abandonarlo en la primera isla desierta que se encontrara. Conocedor de la flaqueza humana les ofreció dinero a los guardianes a cambio de la libertad, proposición que tuvo inmediato efecto. En el puerto de Tumbes lo dejaban en libertad. Leal a la Corona y, sobre todo, sediento de venganza, recorre las provincias del norte y sube hasta la gobernación de Popayán, en procura de alianza con Sebastián de Belalcázar para atacar a Gonzalo Pizarro. Belalcázar le ofrece tropas y él mismo se engancha en la Legión que busca a Pizarro en la ruta que conduce a Quito y Lima.

Pizarro, además de valiente, es un soldado que se conoce todas las mañas de los viejos guerreros. Y le tiende una celada en Quito que será mortal para el Virrey. En efecto, hace circular la noticia de que ha huido hacia el sur por temor al combate, cuan-

do en realidad de verdad se esconde en las montañas para ases-
tar el golpe definitivo al desprevenido Virrey. Por cierto que Be-
lalcázar, zorro también de la guerra, le aconseja esperar. El Virrey
lo desobedece y como un niño cae en la trampa.

La última batalla, en el campo de Iñaquito, la pelea con ar-
dor y con honor. Las fuerzas de Pizarro lo arrollan y en el encon-
tronazo rueda por tierra, alcanzado por una lanza. En el suelo
despedazan su cuerpo, las piernas, las manos, las orejas, el pe-
cho. Y por si fuera poco, los soldados ebrios pasean su cabeza
ensartada en la punta de una caña.

La piedad o el terror mueven a Pizarro que ordena juntar los
despojos, la cabeza al tronco, las manos a los brazos, las piernas
a las rodillas, y así todo remendado es depositado en una caja
de pino. En la iglesia doblan las campanas, y Pizarro rigurosamen-
te vestido de negro y con la espada a la funerala, asiste al maca-
bro funeral.

Su sangre clama venganza. Y no se hacen esperar, pues de
España vendrá otro emisario a sofocar la revuelta y pedir cuentas
por el sacrificio del Virrey. Es el curita Pedro de la Gasca, quien
se siente más seguro y es más poderoso con el breviario que con
la espada. Desarmado y sin guardia ninguna entra a Lima.

Cansadas las tropas de Pizarro de un combate que nunca se
efectuaba y temerosas de los mandamientos del Rey, comenzaron
a desmoralizarse en forma demasiado rápida. El curita de la Gas-
ca ataca con pocos hombres y para su sorpresa descubre que las
tropas enemigas, emprenden la retirada hacia la montaña. En el
mes de abril las alcanza y las bate. Dos días después, exactamente,
el 11 de abril de 1854, el bravo Pizarro es decapitado en el sitio
de Xaquixahuana.

Otro de sus hermanos, el tercero, llamado Hernando, pelea-
dor y valeroso como Francisco y como Gonzalo, morirá en Espa-
ña, después de haber pagado prisión por larguísimos años. Es un
anciano de cabeza blanca, cuando le abren la puerta de la prisión
y lo entregan al aire de la libertad.

Los Pizarros encarnaron al conquistador español. Así fue Her-
nán Cortés, así Balboa, así Valdivia en el sur. Dominaron porcio-
nes inmensas de la nueva tierra, tuvieron a su servicio miles y mi-
les de indígenas y todo para terminar doblados por un puñal, por
una lanza o suspendidos en vilo en el palo de una horca. ¿Vengan-
za de los dioses del Ande?